

fractal'10

Reinventando el mundo
ficción + arte + ciencia + tecnología

Presenta:

EL REMERO

The Oarsman

Un cuento de

Jeremy Robert Johnson

escrito especialmente para Fractal'10



fractal¹⁰

Reinventando el mundo
ficción + arte + ciencia + tecnología

Título Original: *The Darsman*
© 2010, Jeremy Rober Johnson

Traducción:
Escritura Líquida
Hernán Ortiz
Viviana Trujillo
Juan Diego Gómez
Carlos Andrés Ortiz

© Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Medellín, Colombia

www.encuentrofractal.com



EL REMERO

El mismo espacio que envuelve mi nave rodea a Colony 1, su vacío flota denso alrededor de dos células corruptas.

Un hombre olvidado en una membrana metálica, la muerte inevitable es el núcleo.

Abajo, muy lejos – un planeta saturado de carga viral, quizá demasiado para evitar el colapso.

La luz de la pantalla me lo muestra EN VIVO: los monjes en la ladera de la montaña siguen cantando, siguen meciéndose. Pero su murmullo grave se debilita. Se forman nuevos ángulos bajo las túnicas rojas, marcas de hueso. Unos cuantos cayeron desfallecidos, incapaces de mantener la posición de loto, ya no funcionan los aparatos metálicos ceñidos a sus cuellos.

No comen. No he visto que beban. Los hijueputas se están matando de hambre, pero no tan rápido como yo quisiera.

Y no puedo dejar de mirarlos – los más grandes asesinos en masa de todos los tiempos, arrullándose hacia una muerte lenta.



Afuera de la estación está flotando Kurylenko. Veo angustiado que su cadáver no se enciende espontáneamente, ni siquiera cuando al rotar quedamos de frente al sol. Ruego por una chispa.

Shakyamuni. Eso fue lo último que dijo, antes de apagarse.

Estábamos en el Sector C, comiendo arvejas empacadas al vacío, viendo las noticias, nuestros audífonos respectivamente en inglés y ruso.

Todo el mundo esperando. Yo, Kurylenko, las cámaras de noticias, el planeta entero – esperábamos ver morir a alguien.

Si le hubieras preguntado a cualquiera, habría apostado a que iban a llenar de plomo a esos monjes. Y así hubiera pasado, si las cámaras no hubieran estado ahí. Culpen a la nueva política de relaciones mediáticas de China que promueve eventos culturales incluso en territorio disputado. *Admiren nuestra hermosa historia* – monjes haciendo equilibrio en los pulgares, juegos pirotécnicos que dejan humo durante días – *y no se preocupen tanto por los derechos humanos*.

Prometieron un espectáculo maravilloso – el canto al estilo Yang de un texto sagrado que invoca a la empatía y la unidad, cortesía del Pan-Chinese Open Hand Festival, en vivo desde la base de los nevados. Helicópteros de noticias volando cerca. Helicópteros militares volando justo detrás de ellos.

Supongo que para la mayoría, excepto para los chinos, el círculo de piedras blancas y los dos grandes cilindros metálicos a lado y lado de los monjes eran parte de la tradición; tal vez los arreglaron para la puesta en escena global. Pero las caras de los soldados chinos en las pantallas mostraban cierta tensión y confusión. Ceños muy fruncidos. Frentes sudorosas. Algo parecía estar mal, pero no se veía ninguna forma de solucionarlo.

La especulación de los medios llenaba el ambiente antes del performance.

“El propósito de los collares es desconocido, pero parece ser tecnología moderna, tal vez reflejan la fusión de la ciencia moderna y la cultura antigua en China.”

“... esas columnas, aun sin adornos, le dan cierto aire solemne a la ceremonia de hoy.”

“Nos han solicitado que, durante la interpretación, permanezcamos fuera del círculo de piedras decorativas.”

“Suponemos que todo esto es parte del diseño de sonido, un modo de asegurar que estas hermosas voces sean oídas tanto aquí, al pie de las majestuosas montañas, como alrededor del mundo.”

Esto podría haber sido material de apoyo, de no ser porque un técnico de sonido de la BBC se tropezó accidentalmente con las piedras.

Justo antes de que sucediera, se veía en algunas cámaras de las otras estaciones, tratando de mantener el equilibrio sobre las rocas que se desmoronaban en la ladera, encartado con todo su equipo, tratando de acercarse lo más posible al perímetro de piedras blancas.

Luego se le resbaló el pie izquierdo, haciéndolo tambalear torpemente mientras intentaba sostener el micrófono boom. Dos pasos para un lado y estaba dentro del círculo.

Levantó la mano disculpándose —*Sorry, guys*.

Esa misma mano se encendió como un fósforo, irradiando luz blanca. Desde las dos columnas de plata destellaron arcos resplandecientes hacia el cuerpo del técnico de sonido. La boca del técnico abierta en un grito, su último aliento consumido en el fuego que se lo tragó entero.

Entonces hubo primeros planos de los monjes, todavía sentados y listos para cantar, sus caras reflejaban algo...

¿Arrepentimiento?

¿Importaba?

Después de eso, caos. Militares chinos apoyaron los rifles en sus hombros, listos para disparar. Las noticias pasaron de imágenes de apoyo al Momento Global. La carcasa de carbón de un hombre torpe echaba humo desde el interior del círculo de piedras. Martin Vilkus entre los monjes, vestido como uno de ellos, rapado, sin el pelo desgredado de las fotos de archivo del FBI.

Podrías haber intentado digerirlo, unir las piezas sueltas y encontrar una respuesta racional. Pero Vilkus ya casi no aparecía en el radar nacional, su historia como el virólogo-convertido-en-terrorista más detestado por los Federales ya era noticia vieja. El tipo no había publicado un manifiesto durante años, y la Masacre del Metro de Boston, aunque dejó más de setecientos muertos con el interior licuado hasta la consistencia de una malteada, había sido olvidada al surgir atrocidades más populares.

Incluso si hubieras sabido lo que estaba a punto de pasar, hasta donde he podido comprender, también estarías muerto.

Cada monje accionó un interruptor en la diminuta caja que tenían justo entre las clavículas. Un LED intermitente se puso en “On”.

Kurylenko lo había sentido en ese momento. Gritó en ruso, las venas reventándole en el cuello, como si pudiera transmitir el grito a través del vacío del espacio.

“Jueputa, dispárenles.”

Nadie respondió a su grito. Nunca sabré por qué no podía dejar de reírme de él, de su cara llena de pánico.

Entonces empezó el canto. Las bocas de los monjes estaban completamente abiertas, el tono bajo y unificado. Me lanzó a un estado de vértigo, como si una compuerta de la nave acabara de abrirse a mis pies y yo estuviera dando vueltas por el espacio vacío.

Empecé a perder la vista, estática extendiéndose en mi campo de visión. Esforzándome a través de arenas movedizas atmosféricas, intenté una vieja técnica de orientación. Mis dedos lograron pellizcar el tejido suave y venoso bajo mi lengua, y apreté con tanta fuerza como pude.

Como tantas otras veces, el dolor me devolvió al presente. Y regresé a la estación, Kurylenko estaba desplomado en el suelo y susurraba algo. Me puse en cuclillas y me acerqué.

Shakyamuni.

Habría agradecido unas últimas palabras menos crípticas. Me pudo haber dicho que fui un buen amigo. Me pudo haber dicho dónde escondía su mejor porno.

Pero no – un maldito “Shakyamuni” fue todo lo que obtuve.

Y después, nada. Su pecho se movía poco. Si hubiera puesto un espejo frente a su nariz, se hubiera empañado. Pero su respiración y pulso se hacían más débiles y espaciados.

Lo peor era la mirada en su rostro. Sus ojos llenos de lágrimas. Las comisuras de su boca ligeramente alzadas. Si mi interpretación era correcta, juraría que estaba sonriendo.

Después de que se vaciaron sus entrañas, puse su cuerpo en la Bahía 2. Consideré algún tipo de resucitación, pero para entonces ya había visto suficiente en las noticias para saber que era inútil.

Los helicópteros, los de noticias y los otros, estaban en el suelo y en llamas. El canto de los monjes resonó en las paredes de la montaña y en los montones de cuerpos desplomados. Incluso Martin Vilkus estaba en el suelo, la primera túnica roja en caer. Su papel en todo esto

no le había garantizado inmunidad. Al menos se veía feliz.

Una reportera de CNN había caído justo frente a su cámara. El canal, durante horas, fue sólo su perfil, las lágrimas abrieron caminos en la base de maquillaje beige.

Los canales pasaban decenas de comedias pregrabadas y televentas, pero no pude encontrar ningún programa que requiriera un ser humano con vida.

Ninguna noticia. Ninguna respuesta. Aire muerto.

Había un cierto y encantador sentido de permanencia en esto.

Kurylenko no iba a volver. Yo lo sabía.

¿Debería haberme asegurado que estaba realmente muerto antes de atar su cuerpo al exterior de la estación? Algunos dirían que sí.

Pero tranquilos, ese hijo de puta todavía sonreía cuando lo lancé al espacio.



Las transmisiones normales de televisión se terminaron hace días, pero todavía tengo a mis amigos chinos en la pantalla. Supongo que esto es lo que hace que mi trabajo valga la pena.

Aparentemente ésta es una estación de paso entre la Tierra – ahora llamada con optimismo Colony 1 – y futuros hogares con cosas más agradables como tierra abonada y agua potable. Pero si tienes en cuenta que la mayor parte de la financiación de la nave vino de cierta gente del oriente y de los EE.UU que trafican con información, entenderás mejor lo que realmente hacemos. O *hacíamos*, supongo.

Así que casi todo el día apunto nuestras cámaras a los monjes, los veo balancearse y aguantar hambre.

¿Quién será el próximo eliminado en Tibetan Idol?

El resto del tiempo no hago nada, medio duermo, y me pregunto –
¿Por qué sigo vivo?

La transmisión intentó consumirme, pero no pudo. Observarla ahora casi ni me afecta.

¿Qué me hace diferente? He tratado durante años, con gran esfuerzo, de actuar como todos los demás.

Cuando era niño el doctor Chodron me habló sobre la emulación. Fui durante unas semanas, después del incidente con el gato de Tommy. Una pregunta tras otra, un examen tras otro, conversaciones en secreto con mi mamá. Al final se sentó conmigo, estrujándose las manos, y me preguntó si yo podía ser un buen chico.

La respuesta correcta parecía ser Sí.

Entonces me dijo que tendría menos problemas con los otros chicos si aprendía a hacer gestos como los de ellos.

Alguien te cuenta sobre el show gratuito de una señora desnuda y su perro; tú toses unas risas y arrugas los ojos.

Alguien te dice que se murió su mamá; lo rodeas con tus brazos y le das una palmadita en la espalda. Empuja hacia arriba tu labio inferior.

Desde entonces me he vuelto más hábil.

Pero nunca he sentido nada detrás del gesto.

Otros dos doctores han tratado de etiquetarme desde entonces, pero rechazo los nombres. Pelear, follar – todos necesitan un poco de eso para mantenerse vivos. No significa que cualquier pato pueda etiquetarme.

Hay un nombre que *puedes* ponerme – sobreviviente.

Pero... comienzo a pensar que también debería rechazarlo.

No van a venir transbordadores. Mis transmisiones le están llegando exactamente a nadie.

La transmisión de los monjes no pudo haber cubierto el planeta entero, a menos que no requiriera la señal de televisión como medio de propagación. Tal vez sólo era un catalizador. Un plus, que mató a Kurylenko aquí en el éter, que aceleró el proceso. Tal vez esas horribles columnas eléctricas estaban emitiendo el canto en ondas globales.

No importa qué hubieran hecho esos monjes, no importa qué virus sónico hubieran usado para joder a la raza humana, ya no iba a ser desdorado. Y, en serio, no me importa. Ellos aceleraron lo inevitable, y nos dejaron a todos con un canto y una sonrisa. Es una extinción absolutamente gentil comparada con lo que hemos desatado en el pasado.

Pero sí me importa la posición en la que me dejaron. Una muerte lenta y de mierda en este ataúd metálico, observando a mis asesinos deslizarse suavemente hacia el nirvana.

Dentro de catorce horas la estación estará directamente sobre su territorio.

Con el uso apropiado de los retropropulsores de la nave, y bastante suerte, espero poder conducir esta cosa todo el camino hasta abajo. Todo el camino a casa. Y tal vez, sólo por un momento, ellos mirarán al cielo.

Entonces me verán, un Dios terrible y en llamas, y descenderé sobre ellos y les embutiré el mal karma hasta el fondo de sus putas gargantas asesinas.

Así es como termina este canto.